

diese, prosiguió diciendo: «Vuestra existencia depende de vuestra conducta. Dicen que sois hombre de talento; si esto es así, ya debéis figuraros que ni el rey ni yo podemos sufrir todas estas novedades de la Constitucion. Tenedlo entendido así, puesto que yo os lo declaro terminantemente, y adoptad el partido que os convenga seguir». «Señora,—respondió Dumouriez confundido,—estoy aterrado con la peligrosa confianza que acaba de hacerme V. M.; no seré yo quien la venda, pero me hallo entre el rey y la nacion y pertenezco á mi patria. Dejadme—continuó con el mayor respeto—que os represente que la salvacion del rey, la vuestra, la de vuestros hijos, y hasta el restablecimiento de la autoridad real, dependen en el dia de la Constitucion. Vosotros os hallais rodeados de enemigos que os sacrifican á sus propios intereses, y únicamente la Constitucion, si llega á consolidarse, es la que puede cubriros y hacer la felicidad y la gloria del rey.» «Esto no durará mucho. ¡Andad con cuidado!»—replicó la reina, mirándole al mismo tiempo con un aire indignado y amenazador. Dumouriez creyó ver en aquella mirada y oír en aquellas palabras una alusion á los peligros personales que podria correr y una insinuacion dirigida al miedo. «Señora,—contestó en voz baja y con un acento en que la firmeza del soldado iba unida al enternecimiento del hombre,—tengo ya más de cincuenta años, y me he visto expuesto á muchos peligros durante mi vida; así es que he comprendido desde el principio que mi responsabilidad al aceptar el ministerio no era el peligro más grande que me amenazaba.» «¡Ah!—exclamó la reina horrorizada.—¡Ya no me faltaba más que esta calumnia y este oprobio! A lo que veo, creéis que yo soy capaz de mandaros asesinar.» Copiosas lágrimas de indignacion le impidieron decir más. Dumouriez, tan conmovido como ella, rechazó aquella odiosa interpretacion que daba la reina á lo que él le había dicho. «¡Libre-me Dios, señora,—le dijo,—de haceros tan grave ofensa! Vuestra alma es grande y noble, y el heroísmo que habeis mostrado en cien ocasiones me ha unido para siempre á vos.» Calmóse la reina al oír estas palabras, y apoyó su hermosa mano en el brazo de Dumouriez en señal de reconciliacion.

El ministro aprovechó aquel momento de tranquilidad y de confianza para dar á María Antonieta unos consejos cuya sinceridad interpretaba la alteracion visible de su rostro y de su voz. «Creedme, señora,—le dijo,—no tengo ningun interes en engañaros; detesto tanto como vos la anarquía y sus crímenes; pero tengo experiencia, vivo entre los partidos, participo de sus opiniones, y como estoy muy inmediato al pueblo, me hallo mejor colocado que V. M. para poder juzgar el alcance y la direccion de los acontecimientos. Este no es un movimiento popular, como vos parece que creéis, es la insurreccion casi unánime de una gran nacion contra un orden de cosas inveterado y en decadencia. Grandes facciones atizan el incendio, y hay en todas ellas hombres locos y malvados. Yo no veo en la revolucion sino al rey y á Francia, y todo lo que tienda á separarlos, los pierde irremisiblemente; por lo cual aspiro á reunir ambas cosas, y vos sois la única que podeis ayudarme para conseguirlo. Si yo soy un obstáculo para vuestros intentos, y si vos persistis en creerlo así, decídmelo al instante y me retiro á una soledad á llorar con libertad por la suerte de mi patria y por la vuestra.» La reina se enterneció y quedó convencida. La franqueza de Dumouriez la sedujo, y el corazon leal del soldado le respondia de la sinceridad de las palabras del hombre diplomático. Firme, valiente y heroica, preferia aquella espada en el Consejo del rey á toda la política

de ciertos oradores almibarados que seguian todos los impulsos de la opinion ó de la sedicion. Desde entónces se estableció una confianza íntima entre la reina y el general.

La reina se mantuvo fiel á sus promesas un cuanto tiempo. Los repetidos ultrajes del pueblo volvieron á impulsarla á pesar suyo hácia la conspiracion, y le hicieron tambien que se dejase dominar por la ira. «¡Mirad!—decia un dia al rey delante de Dumouriez.—Prisionera en este palacio, no me atrevo á asomarme á las ventanas de mi cuarto por la parte del jardin. La turba que está allí estacionada espiondo mis lágrimas, me silba en cuanto me asomo. Ayer, para respirar, he abierto un poco una de las ventanas que dan al patio, y uno de los artilleros que estaban de guardia me ha insultado infamemente... «¡Cuánto gusto tendria—ha dicho—en ver tu cabeza en la punta de mi bayoneta!...» En este horroroso jardin se ve por un lado á un hombre subido en una silla, dirigiéndonos los insultos más odiosos y amenazando con la mano á todos los que habitan en palacio; por otro lado suele verse á algun militar ó algun sacerdote á quien la turba amotinada persigue, llenándolos de golpes y de ultrajes. A dos pasos de allí, otros juegan ó se pasean tranquilamente por la arboleda. ¡Qué mansion, Dios mio! ¡Qué vida! ¡Qué pueblo éste!» Dumouriez no podia hacer otra cosa que llorar con la familia real y aconsejarle la paciencia. Pero la paciencia de las víctimas se cansa ántes que la crueldad de los verdugos que las atormentan. ¿Podia exigirse de buena fe que una princesa valiente, altiva y habituada á verse adorada por su corte y por todo el mundo, amase en la revolucion el instrumento de sus humillaciones y sus suplicios, ni que viese en aquel pueblo indiferente ó cruel una nacion digna de ser libre y de obtener la soberanía?

VI

Después que Dumouriez se hubo puesto de acuerdo con la corte, no titubeó en atravesar todo el espacio que separaba al rey del partido extremo, y en hacer que el gobierno se lanzase en la senda del más exaltado patriotismo. Dirigióse á los Jacobinos y se presentó con la mayor osadía en la sesion del día que siguió á su entrevista con el rey. La sala de sesiones estaba llena, y las tribunas, al ver á Dumouriez, permanecieron silenciosas y atónitas al mismo tiempo. Su figura marcial y el aire militar con que andaba le ganaron desde luego el favor de la Asamblea, y nadie sospecha que haya tanta audacia oculta en aquel hombre astuto. Nadie ve en él sino un ministro que se abandona enteramente en brazos del pueblo, y todos los corazones se abren para servirle.

Esta era la época en que el gorro encarnado, símbolo de las opiniones más exageradas y especie de librea del pueblo con la cual se adornaban sus demagogos y sus aduladores, acababa de ser adoptado casi por unanimidad por los jacobinos. Este signo, como otros muchos parecidos á él y adoptados por las revoluciones por una casualidad, era un misterio hasta para los mismos que lo llevaban. El primer día que habia aparecido en público puesto en un palo, fué el del triunfo de los soldados de Chateauvieux. Unos decian que era el distintivo de los presidiarios, infame en otros tiempos, glorioso después de haber cubierto las sienes de aquellos mártires de la revolucion; decíase tambien que el pueblo habia querido purificar aquel gorro de toda infamia llevándole como una especie de estandarte

en aquella procesion cívica. Otros veían simplemente en él el gorro frigio, símbolo de la libertad para los esclavos.

El gorro encarnado habia sido desde el primer día que se usó un motivo de disputa y de desunion entre los jacobinos. Los exaltados se cubrían con él, y los moderados se abstenerían aún de ponérsele. Dumouriez no vacila. Sube á la tribuna, coloca en su cabeza aquel signo de patriotismo, lo cual equivale á adoptar la divisa del partido más pronunciado, y esta elocuencia muda, pero significativa, hace prorumpir á todo el mundo en entusiastas manifestaciones. « Hermanos y amigos míos, — dice Dumouriez, — todos los momentos de mi vida van á consagrarse á hacer la voluntad del pueblo y á justificar la eleccion del rey constitucional. En todas las negociaciones llevaré conmigo las fuerzas de un pueblo libre, y estas negociaciones darán por resultado ántes de mucho una paz sólida ó una guerra decisiva. (*Aplausos*). Si tenemos la guerra, abandonando mi papel político, iré á ocupar mi puesto en el ejército, resuelto á triunfar ó á morir libre con mis hermanos. Tengo sobre mí un gran peso; ayudadme á llevarle. Necesito que se me den consejos; haced que lleguen á mí por medio de vuestros periódicos. Decidme siempre verdades, aunque sean las más duras. Rechazad la calumnia, pero no rechazéis á un ciudadano cuya sinceridad é intrepidez os son conocidas y que se sacrifica por la revolucion y por la causa nacional. »

El presidente respondió á este discurso, diciendo que la sociedad se gloriaba de contarle entre sus hermanos. Estas palabras excitaron un ligero murmullo sofocado por las aclamaciones que siguieron á Dumouriez al ir á ocupar su puesto en los bancos. Entónces se pidió que se imprimiesen los dos discursos, y oponiéndose á ello Legendre, so pretexto de economía, fué silbado por las tribunas. « ¿A qué vienen estos honores inusitados y esta respuesta del presidente al ministro? — dijo Collot-d'Herbois. — Si Dumouriez viene aquí como ministro, nada hay que responderle. Si viene como afiliado y como hermano, no hace más que cumplir su deber, poniéndose á la altura de nuestras opiniones. Sólo una respuesta hay que darle, y es que obre tan bien como ha hablado. » Dumouriez manifiesta con sus signos que lo hará así.

Robespierre se levanta, y dirigiendo á Dumouriez una sonrisa severa, dice: « Yo no soy de los que creen que es absolutamente imposible que sea patriota un ministro, y hasta acepto con placer los presagios que el señor Dumouriez nos ofrece. Cuando haya verificado estos presagios, cuando haya disipado los enemigos armados en contra nuestra por sus predecesores y por los conjurados que aún dirigen hoy al gobierno, á pesar de la expulsion de algunos ministros, entónces, y solamente entónces, estaré dispuesto á tributarle los elogios de que se haga acreedor digno, y aún en ese caso no pensaré que sea más digno de alabanza que cualquiera otro buen ciudadano de los que componen esta sociedad. ¡Sólo el pueblo es grande, sólo él es respetable á mis ojos! ¡Las pompas del poder ministerial no son nada ante él! Pido, por respeto al pueblo, por respeto al mismo ministro, que su entrada en la sociedad no se señale con unos obsequios que no servirían sino para atestiguar la decadencia del espíritu público. El ministro nos ha pedido consejos, y por mi parte le prometo dárselos tan útiles para él como para la causa pública. Miéntas el señor Dumouriez dé pruebas de patriotismo y haga servicios reales á la nacion, probando de este modo que es hermano de los buenos ciudadanos y defen-

sor del pueblo, puede estar seguro de que aquí no faltará quien le apoye. Yo no temo en esta sociedad la presencia de ningun ministro; pero declaro que en el momento en que uno de ellos tuviese más ascendiente que cualquiera otro ciudadano, yo sería el primero en pedir su ostracismo. ¡Esto no sucederá jamás!»

Robespierre baja de la tribuna, y Dumouriez se echa en sus brazos. La Asamblea se levanta, y los aplausos de las tribunas ponen el sello á aquel abrazo fraternal en que se ve el vaticinio de la union entre el poder y el pueblo. El presidente Doppet, con el gorro encarnado puesto, lee una carta de Petion á la sociedad respecto á la nueva divisa adoptada por los patriotas. Petion se pronuncia en dicha carta contra aquel signo superfluo de civismo con las siguientes palabras: « Este signo, en vez de aumentar vuestra popularidad, asusta á ciertas gentes, y es un pretexto para calumniaros. El momento actual es grave, y las demostraciones de patriotismo deben ser tan graves como la época que atravesamos. Los enemigos de la revolucion son los que la inducen á estas frivolidades, para tener derecho de acusarla en seguida de ligera é inconsecuente y para presentar de este modo el patriotismo bajo las apariencias de una faccion. Estas señales dividen á los que es preciso reunir, y por más en boga que estén en el día, jamás serán unánimemente adoptadas. Muchos hombres hay que, sacrificándose enteramente por el bien público, miran, sin embargo, con mucha indiferencia el gorro encarnado. La libertad no será bajo esta forma ni más bella ni más majestuosa, y ese signo con que la adornais sólo servirá de pretexto para introducir la division entre sus hijos. Una manifestacion ridícula puede producir muy bien una guerra civil que, empezando por un sarcasmo, concluya por un gran derramamiento de sangre. Reflexionad bien sobre lo que acabo de decirlos. »

El presidente, hombre timorato y que presentia en los consejos de Petion la voluntad de Robespierre, habia hecho desaparecer con el mayor disimulo el signo repudiado con que cubria su cabeza durante la lectura de esta carta. Los miembros de la sociedad iban siguiendo uno á uno su ejemplo. Robespierre, que se habia puesto ántes de acuerdo con Petion para que éste escribiese la carta que se acaba de relatar, y que por otra parte no habia adoptado jamás aquel signo de la moda, subió en seguida á la tribuna, y dijo: « Respeto como el corregidor de Paris, toda imágen de libertad; pero nosotros tenemos un signo que nos recuerda sin cesar el juramento que hemos hecho de morir ó vivir libres, y este signo héle aquí. (Enseña su escarapela). Los ciudadanos que por un patriotismo laudable hayan adoptado el gorro encarnado, nada perderán con quitársele. Los amigos de la revolucion continuarán reconociéndose en el signo de la razon y de la virtud. Estos emblemas son exclusivamente neutros; todos los demas pueden ser imitados por los aristócratas y por los traidores. Yo os inyito en nombre de Francia á uniros al único estandarte capaz de imponer á sus enemigos. No conservemos, pues, sino la escarapela y la bandera bajo las cuales ha nacido la Constitucion. »

El gorro encarnado desapareció de la sala. Pero ni la voz de Robespierre ni la resolucion de los jacobinos pudieron contener el ímpetu que habia llevado al pueblo á colocar en su cabeza aquella señal de *igualdad vengadora*. La misma noche en que habia sido repudiado en los Jacobinos el gorro encarnado, fué la de su inauguracion en todos los teatros, y en varios de ellos se puso en el busto de Voltaire en medio de los aplausos de los espectadores. Este y la pica fueron el uniforme y

armamento del soldado ciudadano. Los girondinos, á quienes repugnaba aquel signo miéntras creyeron que era la librea de Robespierre, empezaron á hallarle excusable en cuanto éste lo rechazó. El mismo Brissot, al dar cuenta de aquella sesion, habla del gorro encarnado como pesaroso de que se haya desechado aquel símbolo, porque «adoptado (éstas son sus palabras) por la parte más indigente del pueblo, servía para humillar á los ricos y para llenar de espanto á los aristócratas». La division entre estos dos hombres iba cada día en aumento, y ya la Asamblea, el poder y los Jacobinos eran recintos asaz estrechos para aquellas dos ambiciones que se disputaban la dictadura de la opinion.

VII

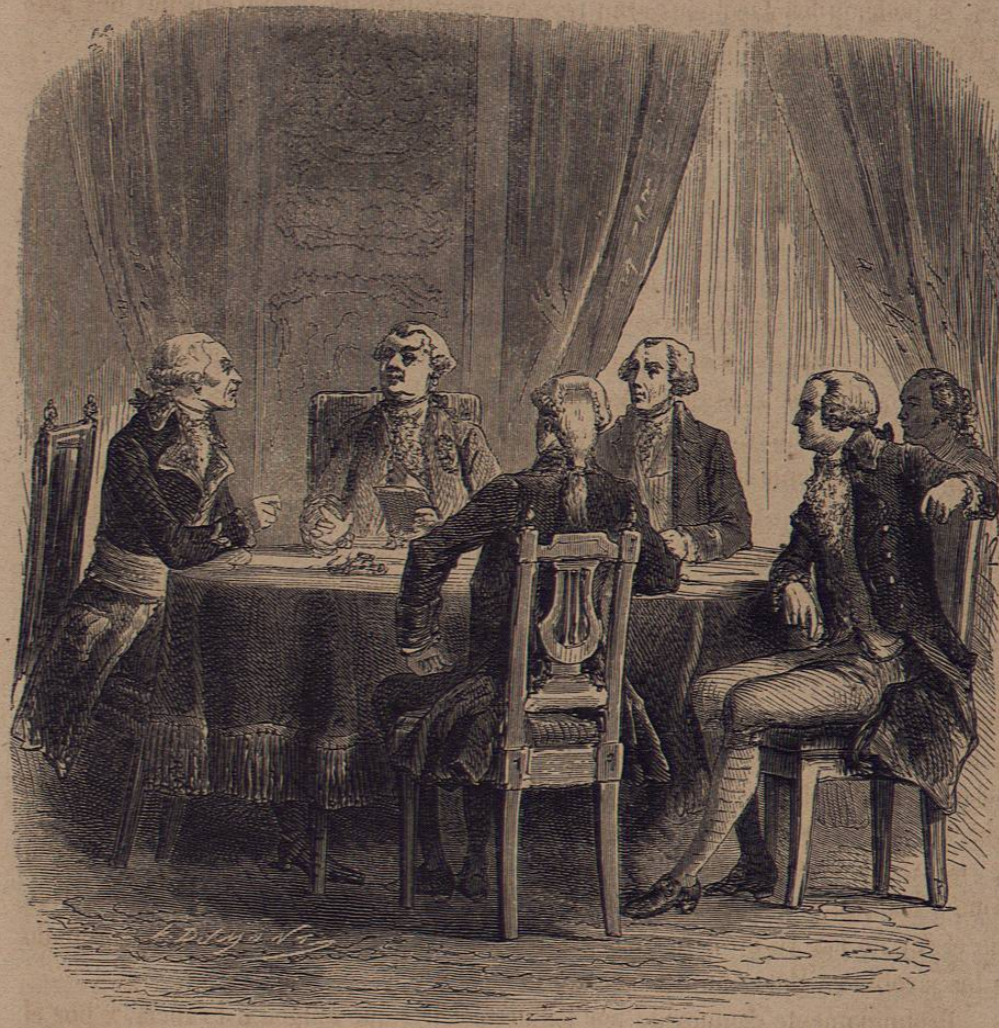
El nombramiento del ministerio, debido enteramente á la influencia de los girondinos, las juntas que se celebraban en casa de madama Roland, la presencia de Brissot y de Vergniaud en las deliberaciones de los ministros, y la elevacion de todos sus amigos á los primeros empleos, servían de texto á las reconvenções de los jacobinos exaltados. Eran conocidos éstos bajo el nombre de montañeses, por alusion á los bancos altos de la Asamblea en donde se sentaban los amigos de Robespierre y de Danton. «Acordaos—decian aquéllos—de la sagacidad de Robespierre, casi semejante al dón de profecía, cuando respondiendo á Brissot, que atacaba al antiguo ministro Lessart, lanzaba al jefe girondino aquella alusion que tan pronto se vió justificada: «Respecto á mí, no especulo con el ministerio ni para mí ni para mis amigos». Por su parte los periódicos girondinos cubrían de oprobio á aquel puñado de calumniadores y de tiranuelos que, semejantes á Catilina en los crímenes, no se le parecían en el valor. De este modo empezaba la guerra por las injurias.

Entre tanto el rey, habiendo completado su ministerio, dirigió á la Asamblea una comunicacion más parecida á una abdicacion en manos de la opinion, que el acto constitucional de un poder libre. Esta resignacion humillante, ¿era un signo de esclavitud, de abatimiento y de violencia? ¿Era acaso una señal hecha desde el trono á las potencias que estaban sobre las armas para que ellas comprendiesen que el rey no era ya libre, y para que no viesen en él sino el autómeta coronado de los jacobinos? Héla aquí textualmente:

«Profundamente conmovido por los desórdenes que afligen á Francia, y por el deber que me impone la Constitucion de vigilar y sostener el orden y la tranquilidad pública, no he dejado de emplear todos los medios que aquélla pone en mis manos para hacer ejecutar las leyes. Yo habia escogido á este efecto para primeros agentes míos á unos hombres á quienes hacía recomendables la honradez de sus principios y de sus opiniones. Estos han dejado el ministerio, y yo he creido deber reemplazarlos con otros hombres acreditados por sus opiniones populares. Me habeis repetido tantas veces que este partido era el único medio de lograr que se restableciese el orden y se ejecutasen las leyes, que he creido deber adoptarle á fin de quitar á la malevolencia todo pretexto de dudar de mi sincero deseo de contribuir á la prosperidad y á la verdadera felicidad de mi país. He nombrado para el ministerio de Hacienda á Mr. de Claviere, y para el del Interior á Mr. Roland. Habíendome pedido la persona á quien habia elegido para ministro de Justicia que

nombrase á otro, quedo en informar á la Asamblea nacional del nombre del sujeto en quien recaiga la nueva eleccion.—Firmado: LUIS.»

La Asamblea recibió este mensaje en medio de las más vivas aclamaciones. Dueña ya del rey, podia convertirle en un instrumento regenerador. La armonía más perfecta reinaba aparentemente en el Consejo, y el rey causaba gran admiracion á sus nuevos ministros, tanto por su asiduidad como por su aptitud para los



El rey y el Consejo de ministros.

negocios. A cada uno le hablaba en su lengua: á Roland de sus obras, á Dumouriez de sus aventuras galantes, á Claviere de hacienda, y á ninguno de las cuestiones irritantes de la política general, que siempre trataba de eludir. Madama Roland echaba en cara á su marido que gastase el tiempo en conversaciones inútiles, y le instaba á que tratase de utilizarlo y de precisar las discusiones, llevando un registro exacto de ellas, tanto para su gobierno como para salvar algun día su responsabilidad. Los ministros convinieron en ir á comer cuatro dias por semana á casa de Roland, para concertar lo que debían hacer ántes de entrar en el Consejo, y para ponerse de acuerdo sobre el lenguaje que habían de usar con el rey. En estos consejos íntimos era en donde Buzot, Guadet, Vergniaud, Gensonné y Brissot imbuían á los ministros el espíritu de su partido, reinando anónimos de esta suerte

sobre el rey y sobre la Asamblea. Dumouriez no tardó en hacérseles sospechoso. Su talento se sustraía á su dominio en fuerza de su superioridad, y tampoco les era fácil dominar su carácter por el fanatismo á causa de su gran flexibilidad. Madama Roland, seducida por su elegancia, no le admiraba sin remordimientos; conocía que el genio de aquel hombre era muy útil y casi absolutamente necesario para su partido, pero tampoco se le ocultaba que un genio sin virtud podía ser fatal á la república, por cuya razon trataba de infundir la misma desconfianza contra Dumouriez en el ánimo de sus amigos. El rey iba difiriendo sancionar los decretos contra los emigrados y contra los sacerdotes no juramentados, á pesar de las continuas instancias de los girondinos para que no retardase por más tiempo aquella sancion. Preveyendo madama Roland que llegaria un dia en que los ministros tendrían que dar una severa cuenta al público de los negocios que estuviesen retrasados, trató de declinar la responsabilidad que pudiese recaer sobre su marido, y persuadió á éste á que escribiese al rey una carta confidencial que contuviese austeras lecciones de patriotismo, y que se la leyese cuando estuviesen en el Consejo, guardándose una copia de ella, tanto para acusar á Luis XVI cuando llegase el momento oportuno de hacerlo, como para justificarse él mismo. Esta pérvida precaucion contra la perfidia de la corte era tan odiosa como un lazo y tan baja como una denuncia. Unicamente la pasion, que ciega el alma, podía cegar á esta mujer-leal sobre la naturaleza de semejante acto; pero el espíritu de partido hace las veces de moral, de justicia y aun de virtud, cuando hay tanta exaltacion en las ideas como tenia aquella mujer. Esta carta era un arma escondida que Roland se reservaba para herir mortalmente la reputacion del rey y para salvarse él. Madama Roland fué la que la redactó, despues de haber inspirado á su marido la idea de escribirla. Madama Roland no tiene otro crimen que echarse en cara; así es que este extravío, hijo de su odio al rey, fué el único remordimiento que la acompañó al cadalso.

«Señor,—decia Roland,—las cosas no pueden permanecer en el estado en que se hallan, estado de crisis, del cual es preciso salir de un modo ú otro. Francia se ha dado una Constitucion que la minoría está minando, al paso que es defendida por la mayoría. De aquí resulta una encarnizada lucha intestina, á la que nadie es indiferente. Vos disfrutábais la autoridad suprema, y no habeis podido perderla sin que os haya causado un gran sentimiento. Los enemigos de la revolucion hacen entrar en sus planes vuestros sentimientos presuntos. Vuestra proteccion secreta sería en tal caso la que constituyese su fuerza. ¿Debeis uniros hoy á los enemigos ó á los amigos de la Constitucion? Decidíos de una vez. El trono, el clero, la nobleza y la aristocracia deben aborrecer estos cambios que los destruyen; el pueblo ve el triunfo de sus derechos en la revolucion, y no se la dejará arrancar tan fácilmente. La declaracion de los derechos ha venido á ser el nuevo evangelio, y la libertad será en adelante la religion del pueblo. En este choque de intereses opuestos, todos los sentimientos son extremados y las opiniones tienen todo el acento de la pasion. La patria no es ya una abstraccion; es un sér real al que todos se unen por la felicidad que promete y por los sacrificios que todos le han hecho. ¡Hasta qué punto no va á exaltarse el patriotismo en un momento muy próximo, en que va á verse atacado por fuerzas enemigas exteriores combinadas con las intrigas interiores! La ira de la nacion será terrible si en aquel instante no tiene confianza en vos. Mas

esta confianza no la adquirireis sólo con palabras: se necesitan actos para obtenerla. Dad pruebas convincentes de vuestra sinceridad, como, por ejemplo, la sancion á dos interesantes decretos que hace mucho la aguardan, y que ambos son muy importantes para la salvacion del Estado. ¡Mirad bien lo que haceis! Empiézase ya á desconfiar de vos, y esta desconfianza se convertirá muy pronto en odio, y éste no retrocede ante el crimen. Si no dais una satisfaccion á la revolucion, ésta se amasará con sangre. Las medidas desesperadas que podrian aconsejaros para intimidar á Paris y para dominar á la Asamblea, no harian más que desenvolver aquella sombría energía, madre de los grandes desenlaces y de los grandes atentados. (Esta indirecta se dirigia á Dumouriez, que aconsejaba medidas rigurosas.) Os engañan, señor, cuando os presentan la nacion como enemiga del trono y vuestra. Amad y servid á la revolucion, y este pueblo la amará en vos. Los sacerdotes destituidos agitan las campiñas; ratificad las medidas que pueden ahogar aquel fanatismo. Paris teme por su seguridad; sancionad las medidas que llaman á un ejército de ciudadanos bajo sus muros. Si andais todavía con dilaciones, sólo se verá en vos un conspirador y un cómplice de nuestros enemigos. Justo cielo, ¿habeis cegado á todos los reyes? Yo sé que el lenguaje de la verdad raras veces halla acogida en el trono; pero tambien sé que esta falta de verdad en el consejo de los reyes es la que hace necesarias tan á menudo las revoluciones. Como ciudadano y como ministro debo decir la verdad al rey, y nada hay capaz de impedirme que haga que llegue á sus oidos. Pido que haya aquí un secretario del Consejo que tome acta de todas nuestras deliberaciones. Unos ministros responsables necesitan tener un testigo de sus opiniones; si este testigo existiese, yo no me dirigiria por escrito á V. M.»

La amenaza era tan clara como la perfidia que encerraba esta carta, y su última frase indicaba, aunque en sentido equívoco, el uso que se proponia hacer Roland de ella en su dia. La magnanimidad de Vergniaud se habia sublevado contra este paso del principal ministro girondino. Dumouriez se irritó al oír leer esta carta, y su lealtad militar estaba á pique de comprometerle, por no poder contener su indignacion. El rey oyó aquel escrito con la impasibilidad de un hombre acostumbrado á devorar la injuria. Los girondinos supieron por la mujer de Roland todo lo que habia pasado, y éste guardó una copia de la carta para cubrirse el dia de su caida.

VIII

Por ese tiempo y sin que Roland lo supiese, se entablaban negociaciones secretas entre palacio y los tres jefes de los girondinos, Vergniaud, Guadet y Gensonné, por mediacion de Boze, pintor del rey. Una carta escrita por ellos al príncipe y que quedó guardada en la famosa *alacena de hierro*, sirvió para acusarles. Dice así:

«Nos preguntais cuál es nuestra opinion respecto al estado de Francia, y cuáles son las medidas más á propósito para salvar la causa pública. Interrogados por vos sobre un asunto tan interesante, no vacilamos un momento en responderos: la conducta del poder ejecutivo es la causa de todo el mal. Engañan al rey persuadiéndole que los clubs y las facciones son los que sostienen la agitacion pública. Esto es hacer consistir la causa del mal en sus síntomas. Si el pueblo pudiese tranquilizarse por estar cierto de la lealtad del rey, se calmaria y las facciones mori-